



Xabier Gutiérrez El aroma del crimen



DESTINO

El aroma del crimen

Xabier Gutiérrez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1316

© Xabier Gutiérrez, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-233-4905-0

Depósito legal: B. 981-2015

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

O

Isla de Delos. Mar Egeo. Mediterráneo Oriental.
Junio de 1996. Solsticio de verano. 22 horas

La noche se dormía. El mar estaba en calma. Una barca atravesó un horizonte cada vez más oscuro en el que las únicas luces visibles eran las de las casas de la cercana isla de Mikonos. La estela que dejaban los dos motores agitaba la tranquila superficie.

Cuando llegó a la altura de la boca, Alicia Montesinos reaccionó e intentó chillar, pero una nueva bocanada de agua inundó su garganta. Intentó quitarse la chaqueta. Sin embargo, una dulce sensación caliente la distrajo.

Era su propia sangre.

No sintió miedo, el golpe la había dejado tan aturrida que dudaba de su propia situación. Intentó nadar, pero el corte en el hombro, producido por las hélices de la motora, era tan profundo que no podía moverlo. Sintió que perdía sensibilidad en las manos. Apenas podía chapotear en círculos con uno de sus brazos.

La popa de la motora era un lejano punto blanco. Su cuerpo se hundió en la noche sin testigos, desapareciendo con la misma sencillez con que había vivido. Ajena a los avatares del mundo.

La luna empezó a asomar, intentando con su luz solidarizarse con ella y lanzar algo de claridad a la escena. Pero llegó tarde.

Cuarenta y ocho horas después encontraron el cadáver.

I

Donostia-San Sebastián. Noviembre de 2014

Elena nunca se hubiera podido imaginar que el telediarrio que se disponía a ver, acomodada en su sillón favorito, sería el último de su vida. Sólo cinco minutos más y dejaría de existir.

Mientras bajaba con cuidado las escaleras del primer piso de la suntuosa casa donde vivía, se tocó el pelo, aún húmedo después de la ducha. Se ajustó la bata, se sentó frente al televisor, se colocó las gafas de ver de lejos que se encontraban en la mesita y se arropó con los dos cojines de plumas blancos y azules que tanto le gustaban. Mientras encendía el gran aparato que presidía el salón miró la hora. Eran las nueve menos cinco de la noche. Cogió el móvil y comprobó que no había mensajes sin leer. Lo depositó al lado de la fuente de manzanas que acababa de traer Samuel, el jardinero, y se quedó mirando la pantalla.

Desde que nació, Elena siempre había vivido en esa misma casa, una villa con paredes blancas y tejado granate, un amplio porche rodeado por un hermoso jardín en el que conversaban dos olivos centenarios y unos cuantos manzanos. Más alejados, los pinos se repartían protagonismo con algún roble antiguo y una higuera generosa. Eran muchas las veces que Elena Castaño había recogido higos y brevas para preparar con su padre la mermelada que luego envasaban en tarros de cristal, y que después regalarían a tíos, primos y amigos.

Pero este año no había sido así. No estaba con el humor necesario y había dejado que la fruta cayese y se pudriera, para deleite de los pájaros. En realidad, desde la ausencia de su padre no había vuelto a hacerlo. Estaba melancólica y con el ánimo desganado. Su última colección la había dejado algo insatisfecha.

Tampoco su alocado, o más bien díscolo, novio ayudaba. Aunque era bueno, también era demasiado soñador, un loco genialmente cariñoso pero poco trabajador. Y no sabía por qué seguía enamorada, quizá fuera porque no había otro candidato. Era una persona maravillosa, sonreía intentando convencerse a sí misma. «Si no viajara tanto...», pensaba a menudo. Hacía ya tres semanas que se había marchado con una conocida ONG para atender y ayudar a ese prójimo desconocido, la justificación ideal para sentirse bien consigo mismo.

Las imágenes violentas del telediario que acababa de empezar la llevaron a cambiar de cadena, y se detuvo en un estúpido programa de chismorreos al que no prestó atención. Seguía pensando en su novio. Con la diferencia de horario, seguro que se acababa de levantar. «Prefiere estar con otros antes que con su novia», pensaba.

A las nueve pasadas oyó que llegaba un vehículo. Cuando el motor se detuvo el silencio se hizo casi corpóreo. El callejón daba acceso exclusivo a su casa y por eso mismo pensó que sería el coche de su hermana, que la visitaba con frecuencia. Elena dejó de mirar la televisión, instintivamente quitó el sonido del aparato y a través de la ventana del salón miró hacia el jardín, al mismo tiempo que sonaba el timbre. Aún se encontraba convaleciente de la gripe que acababa de pasar, se sentía débil y le costaba moverse. Le dolía todo el cuerpo... Se levantó, se ató la bata verde estampada con pequeñas hojas blancas, se arregló el pelo alborotado, se puso las zapatillas y llegó al telefonillo que abría la puerta que daba acceso, a través de un pequeño jardín, a la casa, y

sin esperar contestación abrió. Un error que pagaría con su vida.

Dejó la puerta entornada para volver a acomodarse en el sillón mirando sin hacer caso las imágenes mudas de la televisión y absorta en sus pensamientos. Escuchó como la puerta se abría lentamente para después cerrarse.

No supo por qué, pero notó una sensación extraña, un miedo íntimo que crecía con la suave brisa fría, casi helada, que provenía de la puerta que acababa de cerrarse. Volvió la cabeza con rapidez al recordar que su hermana tenía llaves de la casa y que nunca llamaba, pero se tranquilizó cuando le vio.

—¿Qué haces tú por aquí? —preguntó Elena, un poco sorprendida mientras veía con extrañeza que la visita no hacía ademán de quitarse los guantes que llevaba puestos.

Las miradas se cruzaron. No hubo respuesta, y entonces sí que sintió un miedo extremo. Su cuerpo se estremeció.

Elena no tuvo tiempo de ver qué era lo que su asaltante sacaba del bolsillo interior del abrigo mientras se abalanzaba sobre ella. Gritó, y todo pasó en apenas unos segundos. Ella se movió con rapidez por instinto, evitando así la embestida. A pesar de ello, el impacto fue tremendo.

Cayeron al suelo y volcaron la butaca sobre la tarima de madera. Las gafas salieron volando, saltaron los botones de la bata. El móvil se estrelló contra el zócalo de la pared perdiendo la batería. El televisor era la única fuente de luz que iluminaba la escena. La lámpara halógena se precipitó contra el suelo y la bombilla estalló en mil pedazos. El estruendo sordo y violento del encuentro marcó el inicio de los siguientes segundos.

Aturdida, y mientras trataba de recuperarse del primer golpe, Elena creyó estar en una pesadilla en la que estaba siendo atacada por alguien a quien conocía bien. «¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando...?», pensaba

mientras volvía en sí e intentaba reponerse del primer envite.

Con un rápido movimiento, se desembarazó de su agresor; sus gritos llenaban toda la estancia. Por un momento, el tiempo se detuvo para transcurrir después a cámara lenta. Pudo entonces pensar en su padre, fallecido hacía apenas un año; en su novio, dónde cojones estaba; en su madre... Apretó los dientes con rabia y pánico.

«Corre, huye hacia el jardín, corre, corre», se dijo a sí misma mientras su corazón latía a mil por hora.

El agresor leyó su pensamiento y se levantó antes que ella, bloqueando la salida. En ese momento Elena vio algo que hasta entonces no había advertido: la hoja resplandeciente de un gran cuchillo. El terror se apoderó por completo de ella.

Sacó las fuerzas que no tenía e intentó empujar a su atacante hacia atrás, pero sintió un frío intenso en el costado, y también calor. Mucho calor. La sangre salía a borbotones. La visión se le nubló, estaba a punto de desmayarse. El cuchillo había rasgado todo lo que había encontrado en su camino: pulmón, intestinos... Sin apenas poder respirar, se apretó la herida con una mano e intentó esconderse en una habitación. Su agresor la siguió cerca, muy de cerca, blandiendo el cuchillo manchado de sangre.

Elena gritaba, imploraba socorro, ayuda. Y lo hacía allí donde nadie podía oírla. Porque era una casa alejada de todo y de todos. La soledad y la tranquilidad que le gustaba disfrutar se habían vuelto en su contra. El tiempo se estaba acabando. Sin embargo, aún no se iba a dar por vencida. Abrió la puerta de su habitación, pero su atacante estaba ya sobre ella y de nuevo volvió a sentir frío. El calor fue brutal y la sangre se derramaba por todos lados. Cayó en el suelo, delante de su cama. El frío y el calor la inmovilizaron. Su agresor se retiró mientras ella intentaba levantarse y manchaba de sangre todo lo que tocaba.

En un último y desesperado intento quiso zafarse de su agresor clavándole las uñas, pero no pudo: una última puñalada, por la espalda, le llegó al corazón. Elena se volvió balbuceando palabras ininteligibles. Sintió un dolor agudo, intenso. Una punzada invadía su cuerpo. Ya no sentía frío ni calor, sólo un horror inimaginable. Apretó los dientes hasta casi romperlos. De la nariz goteaba sangre. Sintió la muerte llegando rápido.

Había recibido tres puñaladas mortales. Y cayó desplomada.

En apenas cinco minutos, el dormitorio de un hogar tranquilo se había transformado en un escenario sangriento, en el que las figuras del agresor y la víctima componían un bodegón de pesadilla. Un fresco pintado violentamente sobre el parqué y la alfombra. Un lienzo de horror. Un retablo de asesinato en primer grado en el que ella estaba en el suelo y su agresor de pie, contemplando la terrible obra, con el cuchillo todavía en la mano, goteando.

Los ojos de Elena estaban abiertos, se salían de sus órbitas. La boca intentaba respirar algo de aire que le atara a la vida que se le escapaba. Un hilo de sangre corría por entre sus dientes. Su melena le desdibujaba el rostro en una mueca de terror indescriptible. Intentó levantar una mano hacia ninguna parte. La dejó caer lentamente. La escena había terminado. Su escena. La última de su vida.

Un intenso silencio ocupó la casa.

El cuerpo permanecía sobre un gran charco de sangre al lado de la cama, las zapatillas abandonadas en el primer encontronazo en la butaca. Su cojín de plumas perdido tras el sofá volcado, las gafas bajo el mueble del televisor, el móvil sin batería. Y su cuerpo, inerte y húmedo de sangre. Su vida perdida.

El atacante levantó la mirada y, sin quitarse los finos guantes de cuero negro, echó un vistazo al cuchillo con el corazón desbocado. Sudaba mucho y los ojos no dejaban

de parpadear. Su respiración entrecortada parecía una sinfonía de horror. La mano izquierda le temblaba en un movimiento oscilante.

La visión del cadáver le tranquilizó. Ya estaba hecho lo que durante los últimos seis meses le había perseguido noche tras noche. Aquello que durante tanto tiempo había imaginado y que estaba convencido de que nunca tendría el valor de hacer. Pero se había equivocado. Y se sorprendió a sí mismo.

Con cautela, salió de la habitación y se dirigió al cuarto de baño. Limpió el filo del cuchillo poniéndolo bajo el chorro del grifo. Abrió el agua caliente para una limpieza pulcra. Se quitó las gafas, manchadas por la sangre de Elena, y las aclaró. Con un trozo de papel limpió los guantes. Hizo lo propio con su abrigo. Cuando terminó, tiró el papel en la taza del váter y vio como el agua lo hacía desaparecer. Con parsimonia y sangre fría, esperó a que la cisterna se cargara de nuevo y volvió a tirar de ella. Guardó el cuchillo en el bolsillo interior del abrigo.

Se secó la frente con más papel. Sabía que no podía usar las toallas. Esta vez no lo tiró, sino que se lo guardó en el bolsillo. «Date prisa, llevas demasiado tiempo en la casa», se dijo.

Salió del baño y, con cuidado, volvió a la habitación donde se encontraba el cadáver. Nada se había movido. Estaba muerta.

Entró en la cocina, encendió la luz fluorescente y abrió varios cajones. En uno de ellos encontró lo que buscaba. Un pequeño destornillador. Se dirigió a la puerta de entrada y manipuló la cerradura. Guardó la herramienta en el otro bolsillo. Después volvió a la sala y vació, volcándolos, todos los cajones que había en ella. Entró en el vestidor y alborotó y tiró al suelo la ropa. Repitió la misma operación en la habitación contigua y vació parte del contenido de un joyero en los bolsillos de su abrigo. «Es suficiente», se dijo.

Apagó todas las luces de la casa mientras echaba un último vistazo a la sala. El televisor seguía encendido y sin sonido, mudo testigo del crimen. En la pantalla, un empalagoso concurso en el que todo eran sonrisas, gente contenta, una felicidad de contenidos vacíos, huecos como las palabras que articulaban los mudos presentadores. Todo era color y alegría, y a este lado sólo terror y sangre. El escenario, únicamente iluminado por el resplandor catódico, con un aire de luz de hoguera, quedaba convertido en un lugar aún más tétrico.

Un instante, un soplo, una décima de segundo entre estar presente y estar ausente.

Pensó en apagar el aparato pero desistió de la idea. «No toques nada más», se dijo a sí mismo. Se acercó a la puerta y se sintió tranquilo, como si se hubiera quitado un peso de encima. Se miró durante unos segundos en el espejo que había en la entrada de la casa y no se reconoció. Se infundió respeto a sí mismo, no se llegaba a creer lo que acababa de hacer. Salió al porche y entornó la puerta con suavidad, pero sin cerrarla. Volvió a mirar la cerradura. Comprobó que estaba visiblemente arañada, forzada. Miró la hora y vio que eran las nueve y diez de la noche. Las farolas que iluminaban el jardín seguían encendidas y así permanecerían el resto de la noche, no pensaba alterarlo.

Salió al jardín y comprobó que había empezado a llover suavemente. Se quitó los guantes y los guardó; se subió la capucha y se alejó con paso rápido hacia su vehículo. Echó un vistazo alrededor, cerciorándose de que no hubiera nadie por las inmediaciones.

Entró en el coche y miró durante un instante la casa, iluminada como un escenario, un teatro de tragedia. Las luces del jardín se encargaban de dar al lugar un aspecto de plató de cine. Era una noche cerrada y negra. El color del coche se mimetizaba con ella.

Respiró profundamente varias veces, arrancó el

motor y, sin encender los faros durante unos metros, se alejó.

Las luces rojas de posición del vehículo alejándose fueron el epílogo a tanta sangre. Un toque de humor negro a tanta barbarie.

Dobló la esquina del callejón y desapareció.